

¿CREEMOS EN EL SISTEMA?

Emilio José Archila Peñalosa

I. RAZÓN POR LA QUE COMBATIRÍAMOS

Un esquema básico teórico de por qué continuamos en conflicto sería elemental:

A. En la guerra

La guerrilla y los demás combatientes contrarios al gobierno quieren el poder. Dentro del proceso dialéctico de oposición al "estado de las cosas", esos colombianos piensan que la manera como ellos creen que se debe manejar la cosa pública los legitima para matarnos.

En la otra esquina, algunos pensamos que los violentos no deben gobernar. Esto, supuestamente, porque creemos que nuestro sistema es más justo que el que ellos proponen. Si esta convicción fuera más valiosa para nosotros que la vida misma, estaríamos dispuestos para continuar la guerra.

B. En la mesa

Bajo el anterior supuesto, en las llamadas conversaciones de paz, cada bando negociador contaría con unos parámetros sencillos dentro de los cuales trabajar. Para lograr la paz cada cual estaría habilitado para ceder tanto que no implique conceder la esencia misma de lo que diferencia "su" sistema del otro. Si ese algo se pone en juego no estarían dispuestos a la concesión y sería preferible regresar a la solución armada.

II. EL PROBLEMA

Suena sencillo. Sin embargo no funciona. El planteamiento no sirve, porque los colombianos "de bien" no tenemos ningún valor colectivo que indiscutiblemente consideremos superior a estar vivos.

En efecto, ninguno de los postulados de nuestra Constitución es suficiente para agruparnos y hacer que rodeemos las fuerzas armadas con bastante decisión. Tampoco estamos en capacidad de indicarle al gobierno qué podría negociar y cuáles de los bienes colectivos intangibles son incuestionables.

A. Una presentación gráfica

Pensemos que si somos cerca de 40 millones de colombianos y menos de 200.000 están contra el sistema de la Constitución del 91, seríamos treinta y nueve millones, ochocientos mil que lo respaldamos. Entonces ¿por qué no ganamos la guerra hace tiempo? Si por cada uno de ellos hay 200 de nosotros, ¿Cómo fue que los malos nos trajeron hasta aquí?

Pasa que en las condiciones de apatía política y desinterés por lo público en que vivimos, mientras ellos sí son 200.000, nosotros no somos 40 millones. Mientras que los "bandoleros" están en el monte jugándose la vida por lograr (¿mantener?) el poder, no muchos de nosotros nos identificamos con los postulados de la Constitución, tanto como para creer que un hijo crecería mejor en un país sin papá, pero con esas garantías.

B. Habría sido un eterno absurdo

Muy triste. Si fuera así y esos valores colectivos no existieran, habríamos perdido todo el tiempo. Si no hubiera algún principio alrededor del cual podamos unirnos con tanta fuerza que valga más que existir, la guerra la hubiéramos causado nosotros, por no haber cedido a tiempo algo que no valía la pena. Dejar que nos mataran, siempre habría carecido de sentido.

Claro, si nunca hubiera habido un ideal colectivo que para Colombia valiera más que sus hombres y mujeres individualmente contados, jamás debimos arriesgarlos. Así, hubiera sido un absurdo monumental no haberle dado la razón a la guerrilla en el día uno.

III. LAS INSTITUCIONES

En el anterior orden de ideas, en este momento de la historia creer o no en las instituciones y vivir de acuerdo con esa posición, no es ya un asunto de apariencia.

A. Con el facilismo somos culpables

Sólo la ausencia de contrapeso colectivo hace posible que un puñado de salvajes esté acabando con nuestro país.

Ciertamente, teniendo claro hasta dónde han llegado las cosas, afirmar que lo público no nos interesa, dejó de ser un problema de imagen. Quienes creen que al decir que son ajenos a la política liberan su conciencia de responsabilidad, deben darse cuenta que precisamente su desidia es lo que ha permitido que los sangrientos ganen tanto espacio.

B. "Las" instituciones no son "estas" instituciones

Despreciar algunos políticos no debe implicar divorciarnos totalmente del manejo de la política. Si la manera como algunas personas han tratado la política o las entidades nos desagrada, ataquemos a las personas y no a las ideas que se trataron de plasmar en el sistema. No reaccionemos de la forma que a los violentos les conviene, abandonando los principios que hacen la civilización.

Por el contrario, es hora de tener fe en el principio de: un hombre, un voto; en la libertad de conciencia, en la separación de los poderes, en la libertad de opinión y de prensa, en la propiedad privada y su función social, en la libre determinación y nuestra capacidad para elegir, que cada quien puede arquitectar su existencia y que la educación se fundamenta en la multiplicación de opiniones, en la condena de todo tipo de discriminación y en la posibilidad de ser iguales y felices.

Tengamos fe en lo que dicen esas palabras y en que los soldados se mueren por defenderlo. Escribamos, discutamos, comentemos, gritemos y hagamos que nuestros negociadores sepan qué esperamos del Estado y que no se trata simplemente de dar un armisticio, sino de obtener, por las buenas, el imperio de la ley. Creamos en que nosotros compartimos con 40 millones esos postulados y seamos realmente una mejor alternativa que los violentos.